



Capítulo 195

Alon no sabe mucho sobre «Zukurak, el Cicatrizado».

Desde el principio, Zukurak fue un personaje creado para la promoción del contenido descargable, con habilidades ridículamente poderosas.

Para Alon, que se enorgullecía de haber completado Psychedelia sin recurrir al DLC, no había necesidad de saber nada sobre él.

Naturalmente, su conocimiento sobre Zukurak era muy superficial.

«Como mucho, solo sé que el que lleva esa armadura negra es un hombre lagarto y que es fuerte».

Eso era todo, solo esos dos datos.

Como no sabía nada más, Alon solo podía estar más confundido.

¿Por qué Zukurak le hacía una reverencia de esa manera?

No podía ni siquiera imaginar la razón.

Así que se volvió hacia el duque Merkiliene, con la esperanza de encontrar alguna pista.

«??»

.....Pero el duque los miraba a él y a Zukurak con los ojos muy abiertos, claramente desconcertado.

Al final...

«... ¿Qué quieres decir con eso?».

«Justo lo que he dicho. ¡No puedo creer que el amigo del gran maestro haya reencarnado de verdad!».

«¿Reencarnado?»

Aunque Alon preguntó, Zukurak siguió repitiendo las mismas palabras como si estuviera satisfecho con sus propias suposiciones.

Y luego estaba el duque Merkiliante, que había empezado a formarse su propio y extraño malentendido.

Al verlos a los dos, Alon se apresuró a hablar.

«Lo siento, pero creo que hay un malentendido. No solo no tengo ni idea de quién es ese «gran personaje» del que hablan, sino que ni siquiera los conozco a ustedes».

Alon habló con franqueza.

«...?»



Zukurak ladeó ligeramente la cabeza y observó a Alon.

Como preguntándose: «¿Realmente cometí un error?».

Pero solo por un momento.

«Jaja...».

Zukurak soltó de repente una carcajada.

«¡No es necesario que me ponga a prueba, mi señor! Aunque no soy más que un simple mortal, he recibido el poder del gran ser, lo que me permite reconocer y discernir su aura».

«... Ah».

Solo entonces Alon se dio cuenta de lo que Zukurak estaba viendo.

Porque, en realidad, sí que poseía un aura.

Sin embargo, Alon nunca consideró que su aura tuviera ninguna conexión con los hombres lagarto.

Sus tierras se encontraban más allá de Greynifra, el dominio de los Elfos.

Sí, así debería ser...



«Pero, por otra parte, pensaba que no tenía nada que ver con los Elfos Primordiales, y sin embargo acabé estando conectado con ellos. ¿Podría ser posible que también tuviera vínculos con los Hombres Lagarto?».

Esa idea pasó por su mente en un instante.

Pero antes de que pudiera procesarla por completo...

«En fin, ya que lo he confirmado, ¡me despido! ¡El gran señor sin duda estará complacido!».

Antes de que Alon pudiera ordenar sus pensamientos, Zukurak se despidió de él.

Alon pensó en preguntarle algo, pero se quedó en silencio.

A estas alturas, había empezado a darse cuenta de algo.

Dijera lo que dijera, Zukurak, con su alegre risa, nunca le creería.

Además...

No había necesidad de entrar en detalles sobre su viaje a Greynifra o cómo había adquirido su aura.

Aunque Siyan había hecho una petición y Alon había viajado allí sin problemas, el Reino Aliado y las Razas Aliadas nunca habían tenido una relación especialmente buena.



Si Zukurak fuera el único presente, no importaría. Pero con el duque Merkiliane cerca, no había razón para explicarlo todo con detalle.

Por lo tanto...

«¡Entonces, volveré una vez más con una carta del gran líder!».

«Ah, bueno, adelante entonces. Marqués».

Alon no impidió que Zukurak y el duque Merkiliane se marcharan.

Poco después de que abandonaran el territorio...

«Marqués».

«¿Qué?».

«¿Cómo se siente ser considerado amigo de alguien increíblemente genial, aunque no sepas quién es?».

«... Es complicado».

Alon fingió hacerse la pregunta, pero...

—Me lo imaginaba. Pero, ¿y si es alguien como Basiliora?

[¿Por qué de repente te estás metiendo conmigo?]



«No estoy discutiendo. Solo estoy diciendo la verdad».

[¡Mocosol! ¡Debería haberte devorado cuando bajé por primera vez!]

Al ver a Evan discutir con naturalidad con Basiliora, Alon sacudió la cabeza.

Al día siguiente.

Alon, que se preparaba para hacer frente a la montaña de trabajo que se había acumulado en la finca del marqués, se llevó una sorpresa.

Había mucho menos papeleo del que esperaba.

Por un momento, se sintió confundido, pero rápidamente descubrió por qué.

«¿Radan se encargó del trabajo?».

«S-Sí».

A diferencia de la última vez que lo vio, Alexion ahora parecía completamente agotado.

Al verlo, Alon dejó escapar un suspiro silencioso.



«Ahora que lo pienso, mencionó algo así en su cumpleaños».

Radan había declarado con confianza: «¡Conozco a gente que hará un gran trabajo!».

Y, como para demostrar sus palabras,

Alexion había tramitado cuidadosamente todos los documentos, dejando a Alon solo las aprobaciones finales.

«Parece competente... aunque está increíblemente agotado».

Aunque su expresión seguía siendo indiferente, Alon sintió una ligera punzada de compasión.

Su aspecto era bastante lamentable.

«Hmm, ¿dónde he visto antes ese tipo de rostro? Ah, Penia también tenía ese aspecto».

Bueno, da igual.

Como no tenía intención de volver a la infernal carga de trabajo que había soportado antes...

—Entonces, te lo dejo a ti.

«Haré todo lo posible».



No podía permitirse dejar escapar a un trabajador tan útil que había llegado por su cuenta.

Alexion asintió con una expresión extraña, que no podía clasificarse ni como una sonrisa ni como un ceño fruncido.

Aun así, Alon sabía que tenía que compensarlo adecuadamente.

«Dado que estás haciendo un trabajo tan duro, me aseguraré de que te paguen lo justo. ¿Qué te parece esto?».

Alon le entregó con naturalidad una hoja de papel.

Alexion, aún con aspecto cansado, revisó su contenido.

«¡Haré todo lo que pueda!».

Saludó con un entusiasmo casi explosivo.

Aunque acababa de decir las mismas palabras, esta vez su voz rebosaba sinceridad.

«Como era de esperar, el dinero es el rey».

Alon volvió a sentir el poder de la riqueza.

Después de separarse del ahora jubiloso Alexion...



«¿Debería ir a ver a Penia ahora que he terminado el trabajo?».

Alon estaba a punto de salir para ver a Penia cuando de repente dirigió su mirada hacia la ventana.

Ahí estaba.

Todavía se erguía imponente en el centro de su territorio desde el día de su cumpleaños.

—Para ser sincero, todavía era un poco, no, muy vergonzoso—.

Una estatua enorme.

En ese momento...

«Marqués, ¿qué está haciendo?».

«¿Eh? Ah, solo estaba mirando la estatua».

«Ah, ¿sabes? He oído un rumor interesante cuando he vuelto a la finca».

Evan, que se había acercado antes de que se diera cuenta, le susurró en voz baja.

«Dicen que los ojos de la estatua a veces se mueven».



«¿Qué se mueven los ojos?».

«Sí».

«¿Es una historia de fantasmas?».

«Se difundió como tal, pero parece que últimamente hay más gente que afirma haberlo visto».

Los ojos.

Alon miró los dos ojos de la estatua.

«Si esas cosas realmente se movieran, sería aterrador».

Por mucho que los mirara, los ojos de diamante resultaban algo abrumadores.

«Bueno, ya que apareció tan de repente, supongo que es inevitable que surjan algunas historias de fantasmas».

«Es cierto».

«... Ah, ahora que lo pienso, ¿qué pasó con esa criatura? La que trajo Radan».

«Ah, esa? La soltamos en el estanque del jardín».

«... ¿El estanque?».



«Sí, deberías poder verlo si vas en esa dirección».

Siguiendo a Evan, Alon se acercó a la ventana que daba al jardín.

«¡Kyah, qué lindo!».

«¿Por qué parece una serpiente, pero no da miedo en absoluto?».

«¡Mira qué ojos tan brillantes y chispeantes!».

Allí vio a la Deidad del Mar siendo colmada de afecto por las sirvientas.

Tampoco parecía disgustarle la atención.

Como si disfrutara de toda la situación, se movía en el estanque mientras aceptaba los bocadillos que le ofrecían las sirvientas.

Alon y Evan se quedaron sin palabras.

«Por cierto, ¿no es eso un estanque de agua dulce?».

«... ¿Puede una criatura que vivía en el mar sobrevivir en agua dulce?».

«Bueno, ya que parece estar bien, supongo que no es un problema».

«... Supongo que sí. Ah...».



«¿Se te ha ocurrido algo?».

«Estaba pensando que ya es hora de abrir mi regalo».

«Regalo? Ah, ¿te refieres al que te dio Yutia?».

Asintiendo con la cabeza, Alon regresó a su escritorio y sacó la caja que Yutia le había dado.

Ella le había dicho que la abriera un mes después.

Ahora, después de todo este tiempo, Alon miraba en silencio la caja sin abrir.

Luego, con cuidado, la desenvolvió.

«... ¿Eh?».

Dentro había un broche.

Un broche con una deslumbrante gema roja incrustada.

«Un broche, ¿eh?».

«Así es».

Alon lo sacó y asintió con la cabeza.



«Hmm...».

Evan, que observaba desde un lado, comentó.

«Bueno, al fin y al cabo, lo importante de un regalo es la intención, pero después de esperar todo un mes, ¿no crees que es un poco decepcionante desde tu punto de vista, marqués?».

A primera vista, el broche de Yutia no parecía tan grandioso ni poderoso como algunos de los otros regalos.

Sin embargo...

«No es decepcionante en absoluto».

Alon no estaba en absoluto decepcionado.

«¿En serio?».

«Sí. Como tú dices, lo importante de los regalos es la intención que hay detrás».

Pasó suavemente los dedos por el broche.

Alon se lo colocó en el bolsillo del pecho de su abrigo.

«Esto es más que suficiente».



Antes de que se diera cuenta...

«Eh...?»

Una suave sonrisa se había extendido por su rostro.

Una sonrisa clara e inconfundible que cualquiera podía reconocer.

Al ver esa expresión,

«Últimamente, cambia de expresión con tanta facilidad cuando se trata de esos niños».

Evan no pudo evitar tener ese pensamiento.

El duque Merkiliane llevaba viajando aproximadamente una hora desde que salió de la finca del marqués.

Se volvió para mirar a Zukurak, que estaba a su lado.

—Hm-hmm~

Zukurak incluso tarareaba una pequeña melodía, claramente de buen humor.



Mientras tanto, el duque Merkiliane no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

Ni siquiera habían tenido una conversación propiamente dicha.

Zukurak simplemente había declarado que había confirmado algo y que debían irse.

—De todos modos, no es que pudiera haberse entrometido fácilmente en su discusión para hacer preguntas.

En cualquier caso, como no había podido entender nada correctamente...

—¿Puedo preguntarte algo?

«¿Qué es?».

preguntó el duque Merkiliane a Zukurak.

«Antes dijiste que habías venido para confirmar si el marqués Palatio era un dios, ¿verdad?».

«Así es».

«... ¿Y terminaste tu confirmación?».

«Por supuesto».

«¿Lo has juzgado solo con mirarlo?».



«Sí».

El duque Merkiliane frunció aún más el ceño.

—Según recuerdo, ya había visto antes al marqués. ¿No es así?

«Así es».

«... Entonces, si lo sabías con solo mirar, ¿por qué no lo confirmaste en ese momento?».

Una pregunta razonable.

Zukurak sonrió con aire burlón.

«Porque, en ese momento, estaba abrumado por otra cosa».

«¿Otra cosa?»

«... No, ahora que lo pienso, tal vez el gran maestro ocultó deliberadamente su poder. Ahora lo percibo con claridad, pero en aquel entonces solo lo intuía».

Zukurak se calló, perdido en sus propios pensamientos.

Naturalmente...



el duque Merkiliante no encontró respuestas en esta conversación.

Por lo que él podía ver, el marqués Palatio no era más que un noble.

... Por supuesto, no un noble cualquiera.

En cualquier caso, aunque fuera especial, afirmar que era un dios era algo totalmente distinto.

«Al final, esto es demasiado absurdo como para creerlo tan fácilmente».

Esa fue la única conclusión a la que pudo llegar el duque.

Al oír esto, Zukurak soltó una risita.

«No tienes por qué obligarte a creerlo».

«... ¿Qué quieres decir?».

«Porque pronto te convencerán los que están a punto de alcanzarnos».

Zukurak lanzó otro comentario críptico.

«?

Justo cuando la expresión del duque Merkiliante se torció en señal de confusión...



—Hmm... Por fin han llegado.

Murmurando para sí mismo, Zukurak dirigió la mirada hacia delante.

Y allí, emergiendo de las sombras del bosque bajo el sol poniente...

«... ¿Elfos?».

—Un grupo de elfos.

Y entonces...

«¡Jajaja! Estos bastardos de orejas puntiagudas. Me preguntaba cuándo aparecerían por fin, después de acechar durante tanto tiempo en el dominio del Primordial».

Tras la estruendosa carcajada de Zukurak, el duque Merkiliante lo oyó.

Una voz escalofriante se propagó por el aire...

«No te acerques al Elfo Primordial, lagarto».